

Llegamos aquí á un trabajo especial de carácter rumano: la familia agrícola viviendo aisladamente y pudiendo apenas procurarse las mercancías de las ciudades, bien por alejamiento, bien por pobreza, ha tomado el partido, desde hace mucho tiempo, de suministrarse ella misma todo lo que puede fabricar. Tejidos de lana, de cáñamo, de seda, porcelanas, cacharrería, arcos ó jaeces, bordados, todo esto se confecciona en la casa de campo por las mujeres ó por los hombres, según la dificultad del trabajo.

Esas cortinas de lana de colores brillantes, cuyo dibujo imita á veces el pérsico y revela á menudo arte geométrico, son también producto de los obreros del campo. No puede reconocerse en estos tejidos la armonía de colores ni el brillo del dibujo tan notable en los tapices de Persia y de Turquía y hasta de Karamania, pero algunos son sin embargo preciosos.

Dejemos á un lado las pieles y ropas que toman sus formas á la moda de París, por ser ensayos muy ordinarios. Lo que nos interesa mucho más es lo relativo á las modas del país, los trajes populares que desaparecen muy pronto de un extremo á otro de Europa, bajo la influencia de un esnobismo universal. ¿Por qué se imaginan esos pueblos, hasta los japoneses, que su traje vale menos que el nuestro? ¿Será menester que nosotros tomemos sus vestidos para que vuelvan á su origen? En este caso, ha terminado lo pintoresco en el traje y estamos condenados irremediabilmente al negro en este ciclo saturnino.

Y es gracioso en verdad el traje rumano: la fina camisa de tela, *ue*, que sirve de chaleco bordado, *ilic*, el cinturón, *bete*, que prende el *sortez* y el *vulnic*, el delantal y la saya, bordados también.

La soltera lleva la cara descubierta, pues bien es menester que se deje ver para encontrar partido; pero la mujer casada toma irrevocablemente el *marama*, velo que debe cubrirla á los ojos de todos cuando sale de casa.

Los bordados son de seda ó de lana, según la posibilidad de las familias. He aquí en una vitrina un traje completo: saya y chaleco bordados de perlas de color formando un dibujo bellissimo, que recuerda los bordados de los jubones y casacas de Luis XV. No he visto yo nada más lindo, más sencillo, ni lujoso al mismo tiempo que este traje. Es un lujo más aparente que real, sin duda, pero precisamente esto es lo que más nos place, porque es el trabajo y el gusto adornando la pobreza.

Lo habré dicho todo sobre la sección rumana, cuando haya añadido que allá en el país, á la orilla del agua hay también excelentes y ligeros carruajes, redes, gavillas de trigo que son la admiración de los agricultores y duelas de encina, que según dicen, son las mejores para conservar el vino, el *cotnar* y el *tamacosa*.

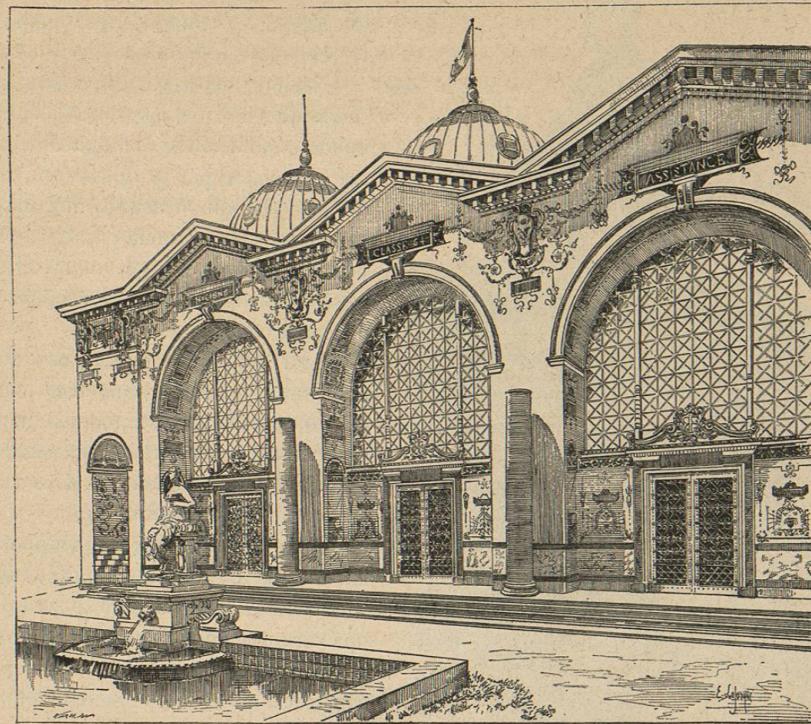
Otros podrán hablar de los pintores y escultores rumanos que han expuesto sus obras en el palacio de Bellas Artes. Por mi parte, no diré más que una palabra, y es que casi todos estos artistas han venido á formarse á París, más bien que á Roma, á Viena ó Berlín.

En efecto, Ghika es discípulo de Luminais, Mirea de Carolus-Durán, Voinesco de Courbet, Georgesco de Delaplanche, Valbudea de Falguiere y de Fremier.

Como se ve, la Rumanía es atractiva para nosotros por muchos conceptos y títulos: es como un hermano menor á quien viéramos crecer y fortalecerse, desarrollar sus músculos y su inteligencia, operario honrado y laborioso que quiere aprender y se ingenia, soldado intrépido, solícito de independencia y enamorado de la gloria.

¡Qué gran cosa son los pueblos jóvenes!

Luis de MEURVILLE.



Palacio de la Higiene en la Explanada

EL PALACIO DE LA HIGIENE

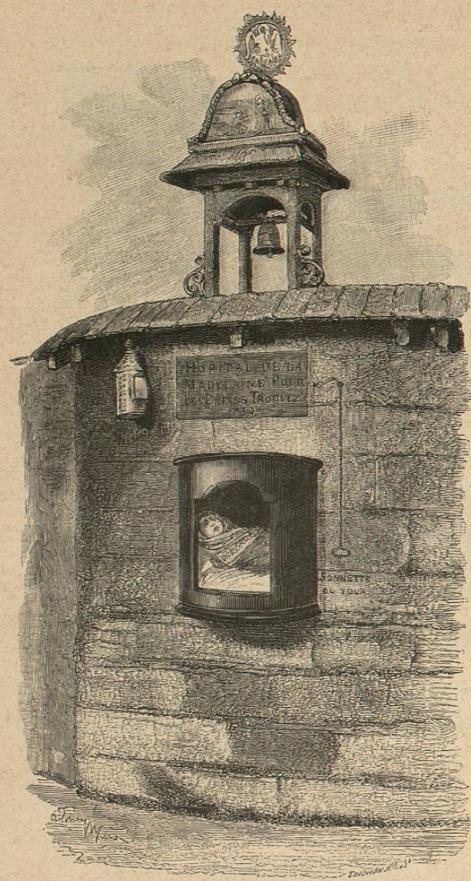
Al lado de los edificios de la Guerra, sin duda para mostrar, como dicen las buenas gentes, el remedio al lado del mal, los organizadores de la Exposición han hecho surgir de tierra un gran palacio blanco y bien ventilado, que ostenta en su fachada este doble rótulo ó anuncio:

HIGIENE. — ASISTENCIA.

En medio, está inscrito en un cartón este precepto de la antigua sabiduría:

MENS SANA IN CORPORE SANO.

El visitante que en cualquiera otra parte siente como una embriaguez de orgullo y goza su superioridad de ciudadano del siglo XIX sobre los hombres de otro tiempo, debe inclinar aquí la cabeza. La antigüedad ha sido nuestra maestra en materia de higiene corporal. Había descubierto que el agua, considerada hoy por los médicos como el gran regenerador y la verdadera panacea, es el mejor preservativo de la salud y de la belleza humana. Había hecho salir simbólicamente á Venus de las aguas, y en los gim-



Antiguo Torno del hospital de la Magdalena para niños expósitos.

menester la intervención directa de la medicina, y todo el problema de la higiene moderna consiste en distribuir á cada habitante de las grandes ciudades el mayor número posible de litros de agua. Ha causado asombro saber que un parisiense tiene cuotidianamente menos agua á su disposición que un ciudadano de la antigua Roma, y que estamos peor servidos respecto de la calidad de tan necesario líquido.

La necesidad de purificar, antes de beber, el agua que sale cargada de materias en descomposición en los depósitos de nuestras cocinas, ha excitado el ingenio de los fabricantes de filtros. Al lado de las bañeras, de los tubos, de los armarios de duchas, se alinean recipientes de todas formas, de vidrio, de barro, de porcelana, de carbón, donde el agua entra turbia y sale gota á gota trasparente como un diamante.

Enfrente de estos innumerables lavabos he aquí una serie de cubetas en forma de embudo y enmangadas á tubos de plomo. Permitidme designarlas con el eufemismo que los catálogos emplean:

APARATOS SANITARIOS. INSTALACIÓN DEL «TOUT Á L'EGOUT»

nasios donde se formaba la juventud, quería que se compartiera el tiempo entre el baño y la filosofía.

No hay que buscar otros motivos al descrédito en que cayeron en la Edad media la ablución y la higiene: su uso fué condenado por la Iglesia en virtud del principio que ordenaba mortificar la carne. Y acaso se temía para la castidad de los religiosos el vigor que da el agua fresca y las ocasiones de desnudez que ofrece el baño.

Esta opinión de que el uso de las abluciones podría ser muy bien un placer voluptuoso subsiste todavía en ciertos medios; y por otra parte, sabido es que en el campo el baño ha conservado este carácter de *remedio*.

Recuerdo que hace algunos años me encontraba en Etretat, donde Guy de Maupassant hacía añadir á su quinta una sala de baños, y en todo el país se hablaba misteriosamente de semejante construcción. La gente sencilla nos decía al oído:

—¡Quién lo dijera! ¡Pobre señor Guy! Y sin embargo tiene aspecto de gozar de buena salud.

Para rehabilitar el agua fría en la opinión del mundo cristiano, ha sido

Os aseguro que no os detengo delante de estas colecciones por jugaros una mala partida; pero ¿qué queréis? no somos espíritus puros. Y es preciso buscar el medio de hacer bajar por un tubo el agua que se ha hecho subir por otro. Todo el problema de la salud de una ciudad estriba en esto. Preguntad, sino, á M. Pasteur, el ilustre creador del microbismo.

En estas materias *watercloseticas*, somos nosotros más refinados que nuestros mayores. Las personas que han viajado por Italia saben muy bien que en los hoteles del Norte se encuentra á menudo escrito sobre las puertas la palabra *Jardín*.

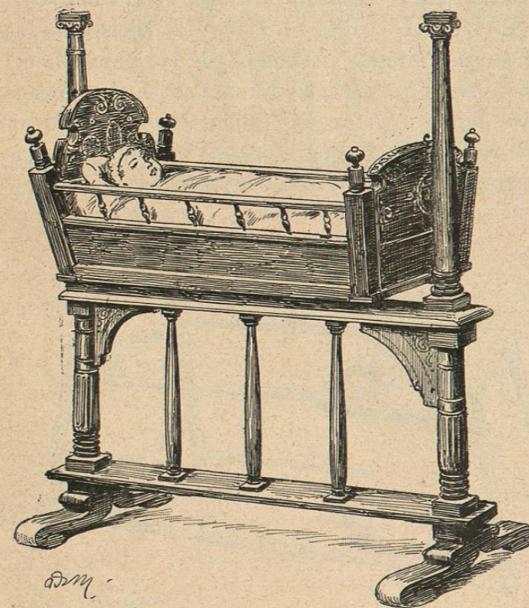
En Bélgica se reemplaza la palabra *Jardín* con la de *Patio*, interesante recuerdo de los hábitos de aire libre en que se complacieron nuestros padres.

Los aficionados á lo cómodo encontrarán en la Exposición de higiene perfeccionamientos sorprendentes en materia de bombas, sifones y asientos, desde el primitivo *sistema de pedales*, en uso en los colegios, hasta la butaca portátil, llamada «aparato para lugares comunes con cubeta de cuello.» Y ruego á los directores de institutos de jóvenes que mediten un momento ante el tonel de M. Courtois, juez *honorario en Chartres*, aparato designado en una inscripción con el nombre de «tonel rotante de las escuelas para el empleo de abonos de la escuela, en el jardín de la escuela.»

Una sala en cuyas paredes hay pintada esta inscripción:



Silla para niños (Pas de Calais)



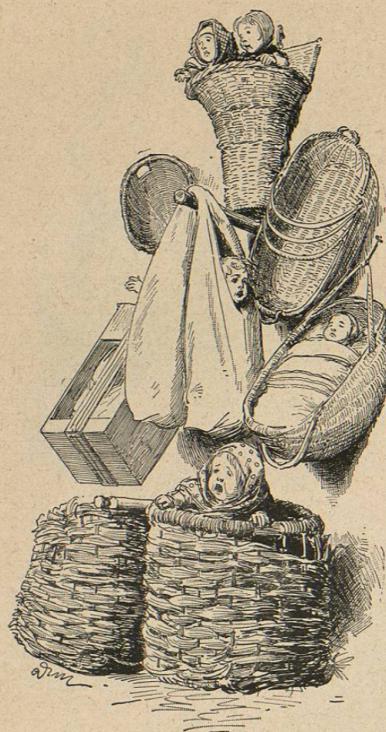
Cuna del siglo XVI

MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN

Asistencia pública

corta en dos mitades el palacio de la Higiene; y en esta ala se han alojado todos los aparatos inventados para alivio de los enfermos.

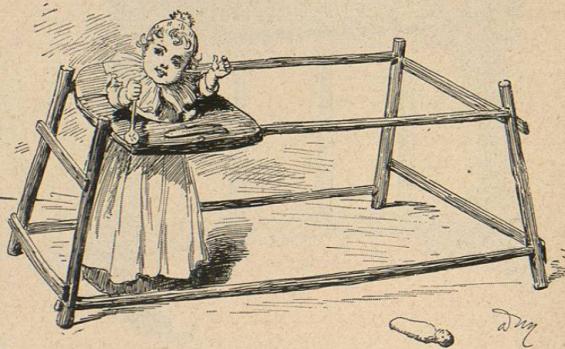
El primero de todos los heridos de la vida es el niño. Aun cuando nazca en los términos regulares y traiga el júbilo á la casa de sus padres, bien acomodados, la primera manifestación de su existencia es siempre un grito de dolor. Al salir del tibio claustro materno, el frío exterior lo afecta profundamente, y es preciso protegerlo sin perder momento. Se le venda como á un soldado que vuelve de la batalla mal herido. Y se ha hecho bien en comparar la Exposición de las señoras



Cestos para trasportar los niños

niños expósitos. La gente que pasa se divierte tirando del cordón de la campanilla del torno, campanilla muda después de todo; pero si nadie acude ya á esta señal, el viejo torno funciona aquí como en otro tiempo. Gira cargado con un niño, envuelto como un paquete, en el mantón clásico de los niños abandonados, mientras que un poco más lejos, en una vitrina, dicen un registro las formalidades que acompañaban de ordinario á estos abandonos y las precauciones que las pobres madres tomaban para reconocer un día á los pequeñuelos, que la miseria ó el deshonor arrebatában á su ternura.

Una caridad enteramente moderna, una caridad que no se conoció en otro tiempo, es la piedad para con los ancianos, para los trabajadores gastados, para los que están ya fuera del combate de la vida. Esta sección de higiene está llena de muebles, de objetos inventados para ellos: camas más ó menos blandas, sillas de ruedas, pupi-



Corredera para sostener en pie á los niños

de Francia para el socorro de los soldados heridos con esta pintoresca instalación, donde en cunas de todos diseños hay acomodados unos muñecos de cera, según los ritos de todas las épocas y de todos los países

Ved allá al niño romano representado por una estatuíta de barro cocido, encontrada en un sepulcro; el pequeñuelo salvaje en una hamaca, el *turangó* en un caballete, el *morvando* colgado de un clavo en la pared, dentro de un saco. Ciencia de la mujer, diréis, en que las nodrizas son las dueñas. Acaso; pero los más sabios médicos podrán encontrar aquí algo que aprender: en esta crisálida en mantillas van á crecer las alas, los miembros del movimiento. El vigor del hombre futuro, la conformación de su espina dorsal se deciden en este momento crítico. Dentro de algunos años serán necesarios aparatos de hierro, dolorosos corpiños ortopédicos, para corregir deformidades que habrá creado la faja mal ceñida.

Esta bella piedad, que hemos extendido á todos los seres débiles, es antigua entre nosotros para con los niños. Puede seguirse aquí toda la historia de los cuidados de que ha sido objeto en Francia por su misma debilidad y abandono. Ved el Torno del Hospital de la Magdalena para los

tres de lectura, pequeñas invenciones que suavizan la tiranía de la edad y de las dolencias crecientes en los que están en el declive de la vida, á la proximidad del sepulcro.

Y al mismo tiempo que se ha pensado en los impotentes de la cuna y de la poltrona, se ha acordado también la piedad de los condenados por desgracia congénita ó accidental á la eterna infancia: los sordomudos, los ciegos, los locos.

Cuando se sale del Museo de la Guerra, donde se ha visto todo el esfuerzo del género humano, aplicado á la fiera y aun feroz destrucción, se recuerda naturalmente este antiguo dicho: *Homo homini lupus*.

Aquí, para el hombre desgraciado, el hombre no es sino un hermano. Tócase con el dedo la obra de los diez justos que Jehovah reclamaba para no destruir á Sodoma.

Aconsejo pues á los que se hayan aterrado á vista de las ametralladoras que visiten el palacio de la Higiene. Con esto saldrán consolados, conquistados para esa religión que nace de las ruinas de todas las demás: la piedad para con la humanidad doliente.

HUGO LE ROUX



TRAJES DE LOS NIÑOS ASISTIDOS

Niños asistidos de 1840; pensionarios del hospicio de Niños-Rojos en Paris (siglo XVI);
Pensionarios del hospicio del Espíritu Santo (1789)